

Como suele la oveja, á quien el lobo
por trato doble ó robo
prendió en sangrienta lucha,
quando los silvos del pastor escucha;
asi yo, que te oia,
lloraba por seguirte, y no podia.

Asido de mis manos temerosas,
siendo tu esposa, esposas
con las tuyas me pone;
tanto su ciego error le descompone,
hasta que tú resuelto,
la puerta arrancas en su polvo envuelto.

Esto es, señor, lo que hasta aqui ha pasado;
si asomos de pecado,
si escrupulos de culpa,
si rastro de delito en mi disculpa
hallas, rompeme el pecho,
si ya con el dolor no está deshecho.

Baña, señor, de purpura caliente
este pecho inocente,
y esta vida que espira,
rompe, acomete, pasa, hiere, tira:
ya mi marido eres,
ó me castiga, ó haz lo que quisieres.

Carl. Levanta, Leonor, del suelo;
y tu qualquiera que seas,
que en mi deshonor te empleas,
en fé de ese ferreruero,
pide al Cielo, que del Cielo
baxen alados Querubes,
que te lleven por las nubes
hasta el undecimo muro;
que de mi no estas seguro,
si á los Cielos no te subes.

Habla, ó sino, sin saber
tu calidad, de tu vida
seré sangriento homicida,

Cond. Ya es forzoso responder,
mas con industria ha de ser:
no es, Carlos, tener amor
aventurar el honor

de la dama. *Carl.* Asi lo entiendo;
mas qué pretendes? *Cond.* Pretendo
que no le pierda Leonor,
con qualquier suceso aquí,
es cierto que se aventura,
no siendo aquí, está segura.

Leon. Este es el Conde (ay de mí!)

Carl. Dices, bien. *Cond.* Pues ven tras mi,
que mis criados están
alla fuera, y te darán
la muerte. *Leon.* Carlos advierte,
que está mi vida, ó mi muerte
en tus manos. *Carl.* Tu, Tristan,
con Leonor puedes quedarte.

Leon. Yo no he de quedar aquí,
morir tengo junto á ti.

Trist. El triunfo salió de Marte.

Cond. Vienes? *Carl.* Ya voy á matarte.

Leon. Esposo, señor, amigo.

Carl. Tu defiendes mi enemigo?
Leon. No sino tu vida (ay Cielos!)

Carl. No temas, porque mis zelos
son muchos, y van conmigo.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Carlos con escopeta, y Tristan.

Carl. Vuelvo otra vez á abrazarte;
pues, Tristan, cómo te ha ido?

Trist. Muy bien, aunque mal comido.

Carl. Solo tu amor fuera parte
para darme muy buen dia.

Trist. Bien malos las tuve allá.

Carl. Dime, dime, como está
mi Leonor, el alma mia,

mi esposa, y todo mi bien?

Trist. Con salud, aunque muy triste.

Carl. Qué la hablaste? Qué la viste?

Trist. Con los ojos. *Carl.* Qué mas bien!

vendeme, Tristan, los ojos,
pues con ellos la miraste,

dame la luz que gozaste.

Trist. Favores me dió á manojos,
asi de comer me diera,

que vengo medio difunto.

Carl. Cuéntame punto por punto,
como llegaste á su esfera.

Trist. Pues escucha, yo llegué
á Valencia... *Carl.* Qué valor!

Trist. Aunque con harto temor,
y al momento me informé
de tu pleyto, y de tu estado,
y supe como el Virrey
muy preziado de la ley,
á pregones te ha llamado,
y seis mil escudos de oro
promete (qué disparate)

á quien te prenda , ó te mate.

Carl. Por qué? *Trist.* Porque sin decoro, con ventaja, y á traycion mataste al Conde. *Carl.* Es mentira, que mas que mi propia ira, le mató su sin razon: mas dime, cómo se sabe tan cierto que le maté, si nadie lo vió? *Trist.* No sé; pero como es hombre grave hay testigo (yo le vi) que en favor del muerto Conde, dice el como, quando, y donde, y lo vió como el Sofi.

Carl. Y dí, su hermano Ruger, aprieta? *Trist.* Linda rezeta, quien hereda nunca aprieta, sino por bien parecer; pero volviendo á tu esposa, que es materia de mas gusto, va de cuento, y va de susto.

Carl. Ya escucha el alma gozosa.

Trist. Llegué de noche, y llamé.

Carl. Y dime (sospecha fuerte) abrieron sin conocerte?

Trist. Media hora porfie, á pique de algun desastre, y al cabo aun no merecí, si quiera un quien está aí, que suele decirse á un sastre.

Carl. Pues qué desastre temias?

Trist. Ciertos mozos cascaveles, que sonando los broqueles, y orando á las zelosias, daban vueltas á la puerta, con musica y con rumor.

Carl. Y asomabase Leonor?

Trist. Como si estuviera muerta.

Carl. Dios te lo pague, Tristan, que me has vuelto al cuerpo el alma.

Trist. Los dos merecis la palma de lo fino y lo galan.

En fin, tantos golpes dí, que Ines un postigo abrió, y en la voz me conoció, baxó, abriome, entré, subí; y Leonor alborotada, arrojando la labor,

baxó al primer corredor, preguntandome turbada por tu salud, á quien yo respondi, que bueno estabas, y en este monte quedabas: calló, suspiró, lloró, y contome, que habia muerto su padre. *Carl.* Desdicha ha sido, que en ausencia de un marido, donde es el riesgo tan cierto, sirve de marido un padre.

Trist. Leonor no le ha menester, que aunque es muger, no es muger, sino para la comadre.

Carl. Está pobre? *Trist.* Aqueso dices, saviendo que pleytos tiene, y que quien los tiene, viene á vender bienes raices, plata, hacienda, ropa y trastos, para gastos de Justicia? Que aunque es virtud, su malicia ha llegado á tener gastos. No le ha quedado una joya, y en lo que yo confirmé su grande pobreza, fué (que con aquesto se apoya) en que saliendome un rato antenoche á pasear, Ines me baxó á alumbrar con candil de garavato, que es una alhaja tan vil en una casa de honor, que no se qual es peor, una suegra, ó un candil. Pues en lo que toca á dieta, sin duda debe de haber precepto de no comer, en aquella casa escueta; porque á nadie vi tratar de pedir manducacion, y tanto que un sabañon, que me solia abrasar, tan cortés, y honrado fué en ayunar como yo, que aun de burlas no comió mientras alli tuve el pie. No es burla, un frison grosero solo de estar por su mal

dos horas en el portal,
salió caballo ligero,
y un mastin entró, esto es mas,
mas pesado que un hidalgo,
y otro día salió galgo.

Carl. Siempre de burlas estás.

Trist. En fin yo me despedí,
y esta me dió; en que te avisa,
que te vayas muy aprisa
á Castilla, porque así,
mientras el pleyto se enfria,
seguro puedas estar

y mañana he de llevar
la respuesta. *Carl.* Ay honra mia!
Mucho tenéis que arguir
sobre mis vanos recelos,
mis dudas y desconsuelos.

Pues cómo, yo he de partir
sin ver primero á Leonor,
y exáminar con los ojos
mis zelos, ó mis antojos?

Eso no, civil temor;
Casta Leonor, y muger,
sola, hermosa y celebrada,
querida y necesitada?

Bien puede, bien puede ser.
Mas yo he de verlo, aunque sean
mi fiscal y mi homicida.

Trist. Qué dices? *Carl.* Que está mi vida
en que con Leonor me vea
antes que otra cosa intente.

Trist. Señor. *Carl.* A questo es amor,
yo he de verme con Leonor,
por ver si tu lengua miente,
en lo que de ella asegura.

Trist. Advierte... *Carl.* Tu no dixiste
que fuiste? Pues si tu fuiste
por hacer la noche obscura,
tambien yo podré. *Trist.* No puedes,
porque te buscan á tí,
y no á mí. *Carl.* Yo iré sin mí.

Trist. Lengua tienen las paredes.

Carl. Luego han de topar conmigo?
Luego me han de conocer?

Y luego me han de prender?

Trist. Sí, que es fuerte tu enemigo.

Carl. Vamos, que todos son pocos.

Trist. Pues donde de esta manera?

Carl. A mi casa. *Trist.* Mejor fuera
á la casa de los locos.

Vanse, y salen Leonor, é Ines.

Leon. Vuelve á esperar á Tristan,
que yo entre tanto á estas flores,
á quien del Sol los rigores
la luz usurpando van,
quiero reñir su locura,
pues tanto se me parecen
en las mudanzas que crecen.

Ines. Dios te guarde, qué hermosura! *v.*

Leon. De qué sirve, decid, hacer alarde,
flores, de vuestros vanos resplandores,
si quando el Sol recuerda naceis flores,
y aun no halla la sombra de la tarde?

Ayer aquella flor menos cobarde,
en copia de rubies bebió albores;
y ya son de verguenza sus colores,
caduca presto, aunque nacida tarde.

Hoy muere, en fin, aun antes de nacida,
y ayer del campo fue purpurea estrella,
en sus nacares mismos encendida.

Ayer se vió adorar, y hoy se atropella,
flores, la dicha es flor, y flor la vida,
miradme á mí, ó escarmentad en ella.

Salen Ines. Si no lo tienes por pena,
Estela y Fernando, advierte,
entran ya. *Leon.* Qué mayor suerte?
Vengan muy enhorabuena,
que les debo mil favores;
en ocasion tan urgente.

Ines. Luego ya Fernando... *Leon.* Tente,
tente, Ines, sino es que ignores,
que ya para mí ha trocado
la voluntad en desden,
y que á Estela quiere bien
de su hermosura obligado,
y de verme con marido,
que es la mas fuerte razon.

Salen Fernando, y Estela.

Ines. El cumplió su obligacion,
y Estela lo ha merecido.

Est. Solo ha merecido Estela,
que pague su grande amor.

Leon. Prima, Fernando. *Fern.* Leonor.

Leon. Algo tiene de cautela
cogerme desprevenida.

Est. Yo perdono la merienda.

Leon. Cómo te va con la prenda?

Est. Como quien la halló perdida:

que hay de Carlos? *Leon.* Salud tiene.

Fern. Y de pleyto? *Leon.* Tiene amigos, aunque hay algunos testigos (asi el oro á vencer viene) que juran lo que no vieron, porque sola yo lo ví.

Fern. A no renovar en ti desdichas que procedieron de aquella noche infelice, te rogata lo contaras,

Leon. Y mandandolo me honrara, que aunque el dolor que se dice renueva, ofende y altera la llaga, tambien se yo, que mueve á quien le escuchó: ello fue de esta manera.

Como zeloso toro, que en el prado verde palestra de coral teñida, al adultero silva enamorado, peinando el suelo con la mano hendida; y en viendolo, parece que arriscado la bebe la mas parte de la vida, metiendo mano cada qual valiente á las dos medias lunas de la frente.

Carlos asi de su valor vestido.

Carlos asi de su furor armado,
Carlos asi de su nobleza herido,
Carlos asi de su pasion buscado,
Carlos asi zeloso y ofendido,
contra el Conde se vuelve tan airado,
que se pronosticó su eterno sueño,
antes que con la espada, con el ceño.

Saca el Conde la suya, y Carlos fuerte, tanto con él intrepido se junta; que por el pecho le escondió la muerte, y por la espalda le asomó la punta: el alma, luego que el suceso advierte, desampara la forma ya difunta; que como al tiempo de mudar de puesto, halló dos puertas mas, salió mas presto.

Llegaron los criados, y qual rayo, de las nubes aborto malparido, encubierto los sigue, y á un lacayo quita el caballo, al Conde prevenido: era el fuerte animal de color bayo, y de manos y pies tan sacudido,

que quando con la colera relincha, mide lo que hay del suelo hasta la cima. Sube gallardo en él, y á mi se viene (chacando): mi Leonor, mi luz, mi vida, hoy mi adversa fortuna, porque tiene tanto de adversa (ay Dios!) como de mia, loca, mudable, barbara, hoy parece, me aparta de tu dulce compañía, y á Dios, Leonor, mil veces repitiendo, flecha de pluma pareció corriendo.

Con dos remos por vanda, la galera, del fogoso animal tan alta sube, que pareció codicia de otra esfera, ú antojo de beber de alguna nube: porque la tierra olvida de manera, ó me lo pareció, segun estuve, que á ser visible el ayre, mas de un clavo se viera impreso en el Cenit octavo.

Como suele quedar la flor doncella, hija de Adonis, quando el viento airado, con diafano acero la deguella por la garganta de su pie delgado; ó qual muerto clavel, que se querella del Sol, que las entrañas le ha abrasado, y agonizando con la fiebre, loco viene á morir, quizá de beber poco.

Asi quedé llorando, lo que ahora con lagrimas repito desatadas, no como algunas, que el melindre lloran, aun enjutas primero que lloradas: á la noche, á la tarde, y al Aurora, aquellas glorias, por mi mal pasadas, lloran mis ojos con eterno llanto, que tanto ha de llorar quien pierde tanto. Porque en llegando (ay Dios) á mi despecho,

á imaginar quando la noche calma, que ha de sobrarme la mitad del lecho: y ha de faltarme la mitad del alma, á no acordarme de que Dios lo ha hecho, y á no temer la perdicion del alma, yo misma, para exemplo de las gentes, me hubiera hecho pedazos con los dientes.

Mas esperando que mi suerte esquivase saque una vez en mi favor la espada, sola, necesitada, muerta, viva, melancolica, triste, desdichada,

afligida , llorosa , compasiva,
pobre, constante , huerfana y honrada,
guardo la vida, porque Carlos tenga
con quien partir la suya quando venga.

Fern. Vivas , Leonor , muchos años,
que con la vida se alcanza

todo. *Leon.* Solo esa esperanza
es alivio de mis daños:

mas ya el sereno nos dice,
que á la sala nos entremos.

Fern. Todos tu luz seguiremos.

Leon. Fuera de eso , aunque infelice,
espero cierto galan.

Est. Galan? *Leon.* Sí , por vida.

Fern. Es Carlos? *Leon.* Cómo podia?

Est. Pues quién? Por mi amor. *Leon.* Tristan,
que como él no es conocido,
la otra noche estuvo aqui.

Fern. Y esperasle ahora? *Leon.* Si.

Fern. Huelgome de haber venido
en tan gustosa ocasion.

Leon. Pues entrad y cenareis,
con tal que me perdoneis.

Est. Buenos tus desvelos son.

Leon. Antes no os convidó á nada,
que si os doy lo que me enviáis,
vosotros sois quien me honrais,
y yo soy la convidada.

Est. Qué discreta! *Fern.* Qué cortés!

Est. No hay , Fernando , dicha hermosa.

Fern. Ser hermosa , es ser dichosa.

Leon. Adelantate tú , Ines.

Vanse , y salen Carlos y Tristan.

Trist. Advierte. *Carl.* Ya es por demas.

Trist. La sogá llevas trás tí.

Carl. A Valencia he de ir asi.

Trist. Mira que á tu muerte vás;
á quien te mate ó te prenda
dá el Virrey seis mil ducados,
con que infinitos soldados
de estos que toda su hacienda
llevará una hormiga en peso,
andan locos á buscarte,
por prenderte , ó por matarte.

Carl. Yo confieso que es exceso;
pero yo tengo de ver
si hace un milagro el amor.

Trist. Milagro pides? Qué error!

Carl. Por qué? *Trist.* Porque puede ser
que pare en tu detrimento.

Carl. Mi mal no puede , aunque quiera,
ser mas. *Trist.* Si puede.

Carl. Es quimera.

Trist. Oye á propósito un cuento.

„Enfermó un hombre de un ojo,

„y tanto su mal creció,

„que de aquel ojo cegó,

„si no lo habeis por enojo.

„Con el ojo que de nones

„le vino á quedar , pasaba,

„y veía lo que bastaba ,

„sin curas , aguas , ni unciones.

„Mas como uno le dixese,

„que si es que vista desea,

„al Christo de Zalamea

„devoto , y contrito fuese,

„donde por diversos modos

„el cojo , el ciego , el mezquino,

„con el aceyte divino

„de todo mal sanan todos:

„él al punto se partió,

„con fin de desentuertar,

„á el soberano lugar;

„y apenas en él entró,

„quando á la lampara parte,

„y tanto el aceyte agota,

„que entrambos ojos se flota

„por una , y por otra parte.

„El ojo que bueno estaba,

„con el contrario licor,

„sintió tan fuerte dolor,

„que del casco se saltaba:

„y en fin , sin remedio alguno

„hubo de venir á estado,

„que de allí á un hora el cuitado

„ya no veía de ninguno.

„Al Christo entonces se fue

„atentando como pudo,

„y á sus pies muy á menudo,

„con mas colera que fé,

„á grandes voces decia:

„Señor , á quien me consagro,

„ya no pido , no , milagro,

„sino el que yo me trahía.

„Cesó el dolor , y al momento,

„contento de hallar su ojo,

„se volvió sin mas antojo
 „de milagro : aplica el cuento.
Carl. Qué importa , si me traspasa
 el alma , aun con mas dolor ,
 que la muerte. *Trist.* Qué , señor?

Carl. Qué? Las cosas de mi casa.

Trist. Mi señora es tan honrada,
 que mas no lo puede ser.

Carl. Si , pero en fin es muger ,
 y muger necesitada.

Trist. Muchas en el mundo ha habido ,
 á quien nombre el tiempo da
 de firmes. *Carl.* Eso será
 siendo dichoso el marido.

Trist. La que es buena , por sí es buena ,
 sin otra solicitud ,
 porque la propia virtud
 no estriva en la dicha agena.

Carl. Estando en el arco asida ;
 por qué una cuerda se parte?

Trist. Porque tirando sin arte ,
 si pasan de la medida ,
 á donde llega la cuerda ,
 por fuerza se ha de romper.

Carl. Eso vendrá á suceder
 con Leonor , Leonor es cuerda ,
 pero viendose apretada
 de tanto necio galan ,
 y sobre todo , Tristan ,
 estando necesitada ,
 rendida á injustos abrazos ,
 podrá decir : cuerda fui ,
 tiraron mucho , y asi
 fue fuerza hacerme pedazos.

Trist. Y quando fuese verdad ,
 tu qué has de hacer?

Carl. Qué? Matarla ,
 consumirla , y abrasarla.

Trist. No estando tú en la Ciudad ,
 y siendo Leonor discreta ,
 cómo has de poder saber
 si te pudo , ó no , ofender?

Carl. No hay cosa , Tristan , secreta.

Trist. Quien ama , y honrada fue ,
 aun no se fia de sí.

Carl. No tiene vecinos? *Trist.* Si.

Carl. Pues yo sé que lo sabré ;
 que hay hombre que se entretiene

en ser perpetuo veedor ,
 y para hacerlo mejor ,
 su libro de caxa tiene ,
 donde el que quiere saber
 si el vecino entró , ó salió ,
 si la música se dió ,
 si se asomó la muger ,
 lo verá tan puntual ,
 como fue la presuncion ,
 y con su cuenta , y razon ,
 fojas tantas , noche tal.

Trist. Vendrá á ser ese vecino ,
 si lo cursa dos inviernos ,
 Cronista en los infiernos.

*Salen Teodoro , y Claudio con hachas , y
 Estela con un tafetan en la cabeza , y
 Don Fernando acompañando á Leo-
 nor , que baxa con ellas hasta la
 puerta.*

Fern. En fin , el galan no vino?

Est. Por llevarte mas presente ,
 he consentido , Leonor ,
 que pases del corredor.

Trist. Esta es la calle ; mas tente ,
 que hay dos hachas á la puerta.

Carl. Dós hachas? Aguero ha sido.

Trist. Qué puede haber sucedido?

Carl. Estar ya mi honra muerta ,
 de enfermedad de algun yerro ,
 y enterrarla en oro ó cobre ,
 porque á la puerta de un pobre
 nunca hay hacha sin entierro.

Trist. Qué entierro , ó qué frenesi?
 No ves á Estela , y Fernando
 estar con Leonor hablando?

Carl. Pues escucha desde aqui.

Claud. Carlos , ha sido dichoso ,
 en encontrar tal muger.

Teod. Como no venga á caer ;
 porque aunque adore á su esposo ,
 como son los pareceres
 varios , puede su belleza
 cansarse de su pobreza ;
 y hay , Claudio , muchas mugeres ,
 que son á mas no poder ,
 haciendo una liviandad ,
 malas , por necesidad ,

y no por quererlo ser.

Trist. Oyes esto? *Carl.* Muerto estoy.

Teod. Advierte, señor, que es tarde.

Fern. Pues á Dios.

Leon. El Cielo os guarde.

Fern. Ola, el coche: vuestro soy. *vanse.*

Carl. Qué te parece, *Tristan?*

Trist. Que ha sido tu flemma mucha.

Carl. De mi pasión... Mas escucha,
que allí una musica dan.

Trist. Pues qué importa que la den?

No será mejor llamar,
ver á Leonor, y cenar?

Carl. No es mejor, ni me está bien.

Cantan dentro.

Music. „Ay necesidad infame,

„á quantos honrados fuerzas,

„á que por amor de tí

„hagan mil cosas mal hechas!

Carl. Ay honor, y como creo,
que habeis de volverme loco!

Quanto miro, quanto toco,

quanto escucho, y quanto veo,

parece que en profecía,

como si me conociera,

me anuncia con voz severa

la triste desdicha mia.

Yo por mi muger infame!

O mal haya el inventor

de este genero de honor,

si honor es bien que se llame

cosa que no está en mi mano,

y estriva en agena culpa!

Pero dará por disculpa

algun político humano,

que como por Sacramento

son el hombre, y la muger,

una carne, una alma, un ser,

una vida, y un aliento,

el agravio se reparte,

segun es la cantidad,

y como por vecindad

le alcanza al hombre su parte.

Pues cómo mi honor manchado,

pudiendolo yo impedir?

No, Leonor, yo he de morir,

y he de morir por honrado.

Vive Dios, Leonor hermosa,

que no has de ofender tu honor,

por ser pobre, y que mi amor

ha de hacer por tí una cosa,

que á poner venga en olvido

quantos triunfos generosos,

por afectos amorosos,

hayan los hombres tenido.

A Dios, *Tristan.* Dónde vás?

Carl. Esto en el honor es ley,

á verme con el Virrey.

Trist. Jesus que perdido estás;

al Virrey? Escupe luego.

Carl. Quedate, y dile á Leonor,

que voy á morir de amor

como Fenix en el fuego;

y en mi nombre le darás

este abrazo. *Trist.* Escucha, espera.

Carl. No soy hombre, que soy fiera.

Trist. Pues dime, ya que te vás,

á qué vás, para que entienda

el extremo de tu amor.

Carl. A dexar rica á Leonor,

porque despues no me ofenda.

Vanse, y salen algunos criados, y de-

tras el Virrey firmando cartas, y haya

un bufete con luz.

Sec. Esta, que firmaste ahora

es para su Magestad.

Vir. Pues luego la trasladad.

Sec. Esta carta? *Vir.* Quién ignora

que vida con v se escribe,

no, Secretario, con b.

Sec. Yerro de la pluma fue,

que no mio. *Vir.* Quien recibe

una carta mal escrita,

no sabe si fue ignorancia;

y aunque, en fin, no es de importancia;

ni al dueño desacreditado;

es una cosa tan justa

hablar siempre con verdad

en todo á su Magestad,

que aun el alma se disgusta

de esa breve niñería:

y así volvedla á escribir,

porque no se ha de mentir

al Rey; ni en la ortografía.

Sec. Para el Marques, tu sobrino,

es esta. *Vir.* Hay mas que firmar?

Sec. Bien te puedes acostar.

Dentro criados.

Criad. Ay tan grande desatino!

Sin duda que loco viene.

Vir. Qué es esto?

Criad. Un hombre, que ha dado, en que aunque estés acostado te ha de hablar. *Vir.* Qué traza tiene?

Criad. Aun no le he visto la cara.

Vir. Pues decidele que entre.

Criad. Entrad.

Sale Carlos embozado.

Carl. Ello es gran temeridad, pero el amor no repara en nada. *Vir.* Decid que hable, pues está ya en mi presencia.

Carl. Solo quiero á Vuceleñcia.

Vir. Solo? Suceso notable!

Mas un hombre como yo, que jamas conoció al miedo, de qué duda? Solo quedo: idos todos. *ap.*

Vanse los criados, y cierra el Virrey la puerta.

Carl. Ya cerró.

Vir. Ya está cerrada la puerta, y á solas estás conmigo, qué dices ahora? *Carl.* Digo. (bien mi muerte se concierta) que has de darme, gran señor, palabra, sin agraviarme, sea quien fuere, de escucharme.

Vir. Sí doy, habla. *Carl.* Qué valor! Yo soy Don Carlos de Osorio.

Vir. Qué dices? *Carl.* Escucha ahora, ilustre Señor, la accion mas nueva, y mas prodigiosa, que en los Anales del tiempo han escrito las Historias. Yo maté al Conde, es verdad, mas fue, porque con mi esposa le hallé una noche, fingiendo en la voz, y en la persona, que era yo, para gozar, fiado en sus negras sombras, sino el todo, alguna parte del aliento de su boca, Y quando fuera mi dama,

viendole con ella á solas, hiciera tambien lo mismo; que mi opinion no se forma el duelo de aqueste agravio, porque la muger se nombra propria, sino porque siendo dueño suyo el que la goza, atreverse á enamorarla, es despreciar su persona, y no tenerle respeto, sea, ó no, la muger propria: que las ofensas del gusto tambien al alma le tocan. Temeroso de las Varas, que en qualquiera parte sobran, dexé animoso á Valencia, y huyendo de mil pistolas, me fui á un monte, tan preñado de los pinares que aborta, que sus torcidas raices, que por la tierra se asoman, riñendo sobre el lugar, se pisan unas á otras. Allí empedrados los riscos de cantuesos, y amapolas, tan cerca habitan del Cielo, que los llantos de la Aurora en vaso de nacar beben, primero que el mundo en hora. Por este verde edificio, discurriendo en mis congojas, entre dos peñas, hallé formada una parda alcoba, que á mi parecer, seria, si al desaliño se nota, ó de algun Sátiro, albergue, ó de algunos brutos, choza. Entramos yo, y un criado, que en mis afflicciones todas me ha acompañado leal, y mirando á la redonda aquel hospedaje obscuro, mil aberturas y bocas descubrimos, tan confusas, que en su fábrica arenosa, aun yo no me hallaba á mí muchas veces sin antorcha. Con esto me aseguré

de la molestia enojosa
 que mis temores me daban;
 y puesto que celda angosta,
 en uno de aquellos nichos,
 de arboles, pellejos, y hojas,
 hice cama, donde estuve
 cercado de peñas toscas
 diez meses, y mas tres dias,
 con el fuego, y con la honda,
 matando para comer,
 ya la liebre corredora,
 y ya el tímido gazapo,
 que entre las matas se embosca.
 Y estando mirando un dia
 requiebrarse una paloma,
 que á su consorte, ó marido,
 quando el Sol los campos borda,
 con mil generos de arrullos,
 el pico daba amorosa,
 ví que ún gavilan hambriento
 con agudas alas corta
 el ayre desde una encina,
 y estando mas cerca, roba
 de los dos al triste esposo,
 llevandole entre las corbas
 uñas al arbol primero,
 donde con furia rabiosa
 se le comió sin trinchante,
 llena de plumas la boca.
 Y volviendo á la viuda,
 ví que afligida, y llorosa,
 dando vueltas, y escarbando
 con los pies la verde alfombra,
 parece que á su fortuna
 se quexaba afectuosa;
 que en el mas torpe animal
 tiene el dolor ceremonias.
 Era entre todas, señor,
 sí bien de una especie todas,
 esta mas blanca de pluma,
 y mas jarifa de pompa.
 Por lo qual otros amantes,
 contentos de verla sola,
 en vez del pesame, y luto
 la cercan, y la enamoran.
 Quál una pluma le quita,
 quál la alhaga, y la retoza,
 quál galan se contonea,

quál la arrulla, quál la ronda,
 y quál los granos de trigo
 le lleva para que coma:
 que hay tambien aves discretas,
 y saben que el dar importa.
 En fin, aunque se defiende,
 y aunque la pena la ahoga,
 la necesidad la obliga
 (tanto este monstruo ocasiona)
 á que el tálamo de pajas
 pise de otro amante, nobia.
 Esto ví, señor, un dia,
 y revolviendo en mis cosas,
 confuso, y turbado dixé
 á mi cobarde memoria:
 Leonor es muger, y pobre,
 muy querida, y muy hermosa,
 el mundo fuerte enemigo,
 ausente yo, y ella sola;
 pues qué sé yo si Leonor
 hace como la paloma,
 y dá lugar en el nido
 á quien el trigo la arroja?
 Con aquestos pensamientos
 el alma traxé tan loca,
 que tirar piedras podia
 á los sentidos que informa.
 Despaché luego el criado
 á Valencia, por la posta,
 el qual me refiere (ay Cielos!)
 de mi Leonor, de mi esposa,
 necesidades tan grandes,
 y finezas tan honrosas,
 que al paso que me regalan,
 el corazon me apasionan.
 Y despues de mil discursos,
 viendo que la tenebrosa
 noche me ayuda, en el trage
 que miras, entro á deshora,
 resuelto á satisfacer,
 aunque á morir me disponga,
 de mis dudas, y recelos
 la conciencia escrupulosa,
 y estando en mi calle un rato,
 por ver si alguno alborota
 mi casa, quanto escuché,
 fue anuncio de mi deshonra,
 y encarecer á Leonor.

Añadiendo, que aunque ahora
 es una peña, un diamante,
 un risco, un monte, una roca,
 la vencerá andando el tiempo
 (si bien de fuerte blasona)
 la necesidad infame,
 que no hay virtud que no rompa.
 Y así, viendo que mi vida,
 ni me sirve, ni me importa,
 pues no es vida, bien mirado,
 vida con tantas zozobras.
 Y acordandome que tú,
 á quien me mate ó me coja,
 ofreces seis mil ducados,
 intento (notable cosal)
 encargarme yo á mí mismo,
 para ganar de ésta forma,
 á costa de una garganta,
 lo que Valencia pregoná;
 y porque Leonor, siquiera,
 con esta ayuda de costa,
 se libre de los peligros,
 que en profecía la acosan.
 Mira, Señor, si el amor
 que me ánima, y me provoca,
 es bien nacido, y merece
 bronce, y marmol, pues se arroja
 como Gentil á la muerte,
 que ya me espera por horas.
 Yo me prendo, yo me mato,
 yo me sirvo de ponzoña,
 yo me traigo al sacrificio,
 yo doy la leña, y la aroma,
 yo me vendo como esclavo,
 yo pongo al cuello la sogá,
 yo soy mi verdugo, yo:
 que quando el honor se enoja,
 contra sí mismo se vuelve
 como irritada pelota.
 Cubrame los pies de hierro
 la carcel, sus lanzas rompa
 la Justicia, que enojada
 contra mí se muestra sorda.
 Brote fiscales de oro
 que mi inocencia pospongan,
 salga de madre el poder,
 dé voces la envidia ronca,
 y escríbanse contra mí

mas delitos, y mas hojas,
 que tiene ese mar salado
 de arenas, peces, y conchas.
 Que aunque sé que de esta suerte
 voy muriendo por la posta,
 y ha de matar á Leonor
 tragedia tan lastimosa,
 mas quiero morir, que oír
 su pobreza, y mi deshonor,
 su riesgo, y mis amenazas,
 su desdicha, y mis congojas.
 Que para un hombre de bien
 que hace estimacion heroyca
 de la honra que profesa,
 no hay Vida como la Honra.

Vir. Envidioso me has dexado,
 porque en fabulas, ni historias,
 no he visto resolucion
 tan honrada, y tan briosa.

Carl. Qué responde Vucelencia?

Vir. Que soy Sandoval, y Roxas,
 y sé estimar la nobleza,
 y sé esperar un poco: olá.

*Habla el Virrey, con el Secretario, y
 entran todos.*

Sec. Señor.

Fern. Qué es aquesto? *Vir.* Entrad.

Leon. Daré voces como loca.

Carl. Mi Leonor?

Leon. Pues cómo, ingrato,
 es posible que malogras
 una vida, que es tan mia,
 por una accion tan impropria
 del ser humano? Qué tigre
 manchado á trechos, qué onza
 pintada de moscas negras
 y de color parda, y roxa,
 hubiera sido conmigo
 tan fiera y tan rigorosa?
 Qué me importa la riqueza,
 que con tu muerte me compras,
 sino puede aprovecharme?
 Porque apenas en la losa
 tu cabeza destroncada
 verá el alma que te adora,
 quando con el mismo acero,
 aunque parezca lisonja,
 me abriré el pecho yo misma,

